

Hable con sus vecinos, es un buen comienzo

Por Naomi Klein

La idea de convertir Londres en un tablero de Monopolio tamaño natural el Día del Trabajo (May Day), pareció ser una buena idea.

La crítica más común que suele recaer sobre los manifestantes de hoy en día es que sus protestas carecen de enfoque y de objetivos claros; tales como por ejemplo "Salvemos los Árboles" o "Reducción de la Deuda", por mencionar algunos. Y es que precisamente, esas protestas no son sino la respuesta a las limitaciones que presentan las políticas que pretenden solucionar los problemas por separado, como si fueran asuntos aislados. Cansados de tratar los síntomas de un modelo económico - vale decir: hospitales carentes de recursos, escasez de vivienda, ensanchamiento de la brecha económica, superpoblación de las prisiones, cambio climático, etc.-, existe ahora la clara intención de poner al descubierto el sistema que está detrás de esos síntomas. Pero, ¿cómo protestar en contra de ideas económicas abstractas sin parecer terriblemente inconsistentes y fuera de lugar?.

¿Resultaría efectivo usar el juego de salón que por generaciones ha enseñado a los niños el concepto de propiedad?. Los organizadores de las protestas del Día del Trabajo, el día de ayer, hicieron circular mapas debidamente explicados de la ciudad de Londres, donde aparecían lugares tan conocidos como Regent Street, Pall Mall y Trafalgar Square, alentando a los participantes a ubicar sus acciones del Día del Trabajo en el tablero de Monopolio. ¿Quiere protestar en contra de la privatización? Vaya a la estación del ferrocarril. ¿En contra de la industria agrícola? Vaya al McDonald de King's Cross. ¿En contra de los combustibles derivados del petróleo? Vaya a las empresas eléctricas. Y no olvide llevar su tarjeta de "salga gratis de la cárcel".

El problema radicó en que, en la tarde de ayer, Londres no se vió como una ingeniosa mezcla de educación popular y teatro callejero; sino poco más o menos como se ve siempre que una protesta masiva se lleva a cabo en estos días: manifestantes encarcelados por policías rompemanifestaciones, vidrieras rotas, tiendas cerradas con tablas de protección, escaramuzas con la policía... Y en las guerras entre los medios de prensa, anteriores a la protesta, hubo aún más reminiscencia: ¿estarían los manifestantes planeando actos de violencia?, la presencia de 6,000 efectivos de la policía ¿provocaría por sí misma la violencia?, ¿porqué no condenan la violencia todos los manifestantes?, y, por último, ¿porqué todos hablan siempre de violencia?.

Es así como, al parecer, se ven las protestas hoy en día. Bien podríamos referirnos a las protestas modernas como McProtestas, porque se están convirtiendo en lo mismo en todas partes.

De la misma manera podríamos decir que ésta que escribo es una especie de McColumna, porque definitivamente he escrito sobre todo esto antes. De hecho, casi todas mis columnas más recientes han tratado acerca del derecho de reunión, las barreras de seguridad, los gases lacrimógenos, y los arrestos arriesgados; o, en su defecto, he tratado en ellas de disipar la falsa imagen que, deliberadamente, se quiere dar de los manifestantes; como por ejemplo, que están en contra del comercio, o que anhelan una utopía pre-agrícola.

Es un artículo de fe entre la mayoría de los círculos de activistas que las protestas masivas son siempre positivas: levantan la moral, son una demostración de fuerza, atraen la atención de los medios de comunicación. Pero, lo que parece que se está perdiendo de vista es que las protestas, en sí mismas, no son un movimiento; sino tan sólo las manifestaciones espontáneas de los movimientos cotidianos que tienen sus bases en las escuelas, en los lugares de trabajo y en los vecindarios; o al menos, así debería ser.

No puedo dejar de pensar en el 11 de marzo, aquel día histórico en el que los comandantes Zapatistas entraron en la ciudad de Méjico. Era ése un ejército que había liderado exitosamente un levantamiento en contra del Estado. Y, sin embargo, los habitantes de la ciudad de Méjico no se estremecieron de terror; por el contrario, 200,000 de ellos salieron a dar la bienvenida a los Zapatistas. Las calles se cerraron al tráfico vehicular, pero nadie pareció preocuparse por las posibles molestias que pudieran sufrir los chóferes y pasajeros. Y los dueños de las tiendas no cerraron sus puertas ni aseguraron sus vidrieras sino que organizaron tenderetes de la "revolución" en las aceras.

Cabe preguntarse a qué se debió todo esto, ¿a que los Zapatistas son menos peligrosos que unos cuantos anarquistas urbanos en monos blancos? Poco probable. La respuesta la encontramos en el hecho de que la marcha a la ciudad de Méjico se gestó durante siete años (algunos dicen que fueron 500, pero ésta ya es otra historia). Años de formar coaliciones con otros grupos indígenas, con trabajadores de las maquiladoras, con estudiantes, con intelectuales y periodistas; años de consultas masivas, de encuentros abiertos que agrupaban 6000 personas. El acontecimiento en la ciudad de Méjico no fue el movimiento en sí, sino la demostración fehacientemente pública de todo ese trabajo invisible que se hizo día a día.

Los movimientos de resistencia más poderosos están siempre profundamente arraigados en las comunidades y son responsables ante esas comunidades. Pero, uno de los más grandes retos de vivir en una sociedad de alto grado de consumo, contra la cual se protestaba ayer en Londres, es la realidad del desarraigo. Pocos de nosotros conocemos a nuestros vecinos, hablamos en el trabajo de algo más que de compras, o tenemos tiempo para ocuparnos de asuntos de política local. ¿Cómo puede un movimiento ser responsable cuando las comunidades están tan desgastadas?.

En un contexto de desarraigo urbano, hay momentos en que claramente protestar es necesario; pero más importante aún es encontrar el momento para establecer las conexiones que hagan que dichas protestas sean algo más que meras representaciones teatrales. Hay ocasiones en que hablar de radicalismo significa enfrentarse a la policía, pero hay muchas otras en que significa hablar con nuestros vecinos.

Las cuestiones detrás de las demostraciones de ayer en el Día del Trabajo, ya no se pueden considerar como marginales. Los temores sobre la amenaza de alimentos contaminados, la ingeniería genética, la desigualdad de ingresos, el fracaso de los esquemas de privatización; todo esto es noticia de primera plana. No obstante, se está cometiendo aquí una grave equivocación cuando los manifestantes parecen estar desarraigados, desconectados de las preocupaciones diarias urgentes. Esto quiere decir que se está confundiendo el espectáculo de exhibir un movimiento con el menos glamoroso quehacer de crear uno.